

VI

Una fiesta

Hace cuatro días, los madrugadores de Oviedo presenciaron un espectáculo cuya novedad encerraba más alta significación de la que, seguramente, pudieron presumir muchos de los espectadores. Á las siete de la mañana fueron juntándose, en uno de los paseos de la ciudad que *Clarín* llamó *Vetusta*, pero que ya no merece este nombre, grupos numerosos de obreros, entreverados con profesores de la Universidad y del Instituto de segunda enseñanza. ¿Qué era aquello? ¿Una manifestación política ó de carácter económico-social? ¿Una excursión de fines científicos ó artísticos? Nada de eso y más que eso: una jira campestre, un paseo de amigos, una despedida cordial, hasta el curso próximo, de gentes que, durante todo un año académico, trabajaron juntas por la cultura y la elevación del espíritu.

La Extensión universitaria de Oviedo ha que-

rido ser siempre algo más que una empresa puramente intelectual cuyo único objetivo fuese la instrucción. Ha tratado de educar, de crear costumbres y, sobre todo, de despertar afectos y desvanecer prejuicios, algunos de los muchos prejuicios que suelen separar á las llamadas clases sociales é impiden el esfuerzo común, en los grandes fines de la vida, de los hombres de buena voluntad. Para esto, no se ha contentado con establecer cátedras y dar conferencias. Ha intimado con su público, se ha mezclado á él; y como la parte más numerosa de éste, la más constante y la que mayores cuidados exigía, era la obrera, ha convocado á sus alumnos obreros, frecuentemente, á reuniones familiares, donde, gustando una taza de té ó café, han charlado de todo profesores y discípulos y han divertido las horas en amena conversación, en el goce de acariciar ensueños para lo futuro ó en la contemplación de obras de arte y de escenas históricas dibujadas en la pantalla del aparato de proyecciones.

De esas reuniones nació la jira á que antes me he referido; sólo que, esta vez, no ha sido la Extensión la invitante, sino los obreros; ó para ser más exactos, no han partido la iniciativa y el convite de la parte profesoral de la Extensión, sino del elemento estudiantil de ella, de su público, y más especialmente del público de sus llamadas Clases ó cursillos populares. De lo que éstos han sido en el año presente, he hablado en otra

parte (1), y precisamente á su éxito—fruto de la propaganda combinada, entusiasta é insistente, de la Universidad y de algunos trabajadores manuales compenetrados con ella desde que implantó la Extensión—se debe el germen de la fiesta que voy historiando. Las Clases populares han durado desde el mes de Octubre al de Abril (casi tanto como las universitarias), y algunas han tenido un público constante de cuarenta obreros. En ese núcleo nació la idea de cerrar el curso con una jira en que fraternizasen una vez más los dos factores activos de la Extensión. En su circular de convite lo han dicho ellos con frase sentida, expresando que «satisfacen un vivo anhelo al invitar á la fiesta de fraternidad con que ponen término á las tareas escolares del presente curso... y que consistirá en una excursión á las Caldas, visita á los monumentos artísticos que en este punto existen, y un banquete que deseamos sea honrado con la asistencia no sólo de los profesores de las Clases populares, sino con la de todos los colaboradores de la Extensión universitaria».

Á la invitación respondieron éstos en número respetable (quince profesores, con el rector á la cabeza) y también un gran contingente de obreros que no son alumnos de las Clases citadas,

(1) «La escuela española», núm. 166 de la revista de Buenos Aires *España*, 6 de Enero de 1907.

pero que acuden con asiduidad á las conferencias y cursillos organizados por la Extensión en los Centros de sociedades obreras de Oviedo y otros puntos. Y allá fué, aquella masa de ciento cincuenta hombres, mozos y viejos, trabajadores manuales y trabajadores de la inteligencia, atravesando praderas y bosques en la esplendente luminosidad de una mañana de primavera asturiana, rica de matices, camino de las Caldas de Priorio, gozosa y serena, con la conciencia clara del gran acto que cumplía, y enteramente entregada á la fusión de sentimientos que era su motor principal.

Durante el trayecto—unos ocho kilómetros—hubo sinnúmero de paradas: unas veces para contemplar y comentar el paisaje, verdaderamente espléndido, cuyas dos notas salientes eran la nieve blanca de los montes cercanos y el verdor variadísimo de la tierra; otras veces, para escuchar las explicaciones de los naturalistas, de los geógrafos, de los historiadores, que aprovechaban toda coyuntura para dar noticias de las cosas que iban saliendo al paso, ó que se veían solicitados por la ingenua curiosidad de los compañeros; algunas, también, para sacar grupos fotográficos, cuya preparación daba motivo á expansiones de la intensa alegría que á todos nos retozaba por dentro. Un momento hubo en que, al ver desde una altura la larga teoría humana, desarrollada en la línea ondulante de un sendero, alguien re-

cordó aquella marcha del ejército popular que Zola ha descrito tan admirablemente en *La fortuna de los Rougon*; pero nuestro ejército, tan entusiasta como aquél, no iba armado, ni se proponía luchar con esta ú otra forma política. Había luchado durante unos meses por otras cosas de más substancia, y ahora descansaba en la amable satisfacción de la obra cumplida en el seno de la concordia.

Cuando nos sentamos á la mesa—una mesa larguísima, puesta al aire libre, en la terraza del balneario—, aquel grupo imponente de hombres, del que no había salido ni una voz destemplada, que se había portado como si lo formasen *gentlemen* de la más discreta cultura social, acostumbrados por una dilatada práctica á manifestaciones semejantes, hizo, de pronto, un profundo silencio. Unos á otros nos miramos; medimos, por la extensión de la doble línea formada, la importancia del contingente reunido, y todos tuvimos la impresión de que algo grande se cumplía en aquellos momentos; que aquella mezcla amistosa de gentes, habitualmente clasificadas en categorías sociales distintas, significaba algo más que la accidental concurrencia á una partida de placer donde las más de las veces sólo une á los hombres la expansión de la vida vegetativa ó las más bajas y externas satisfacciones de la espiritualidad. Y yo pensé, sin que á mi pensamiento se mezclase ningún dejo de orgullo, ni personal ni

corporativo, pero sí la intensa alegría animadora que acompaña á la visión del fruto de un trabajo honrado: «Esta fuerza social la ha creado y la ha movido la Extensión universitaria. Es hija suya; es la resultante de su labor modesta, pero fervorosa y constante. Hace unos años, pocos, ninguno de estos obreros sabía de la Universidad más que el nombre. Para ellos era una institución vedada, por la cual sentían ó indiferencia ó animosidad, viéndola como cosa aristocrática, negada á los pobres y ajena á sus necesidades y anhelos. Ahora es para ellos algo grato: un aliado, un apoyo, un colaborador en la obra grande de la vida. La Universidad los ha buscado, les ha ofrecido el pan del espíritu que podía darles, y qué en conciencia creía deberles; y á cambio de esto, no les ha pedido ni el voto electoral, ni una profesión de ideas determinadas, ni la renuncia á sus programas sociales ó políticos, sino tan sólo que respondiesen á su llamamiento con el afán de la cultura. Rigurosamente neutral, no ha hecho de sus Clases populares, ni de sus conferencias, instrumento de propaganda en ningún sentido estrecho y partidario; no ha reunido al pueblo para sonsacarlo y dirigirlo á la derecha ni á la izquierda, sino que ha respetado escrupulosamente su libertad, á la que ha respondido con la libertad de exposición científica. Y en eso, que distingue nuestra Extensión universitaria de otras, reside su mayor poder y su eficacia social más grande.

Ella busca formar hombres, en la más alta acepción de la palabra, importándole poco la etiqueta que traigan puesta sus profesores y sus alumnos en el encasillado ideal que divide á los humanos. Bajo su bandera caben todos los que reconocen el valor y la necesidad de la cultura, de la educación, del amor y la solidaridad en la vida. Seguro cada cual del respeto á sus condiciones, se entrega sin recelo á la obra común, que une y que despierta los sentimientos de fraternidad y de mutuo apoyo. Los que en ella entran, ya no pueden odiarse; y aun buscando la felicidad por caminos opuestos ó encontrados, sabrán pelear como hombres, no como fieras, recordando el anhelo común que los ata. Aun suponiendo que el fruto puramente *instructivo* de su labor fuese escaso, siempre le quedaría el de educación social, que es inmenso; la fuerza enorme del amor que crea, en sustitución de los prejuicios, de las antipatías irracionales, del mutuo desconocimiento entre hermanos que ha venido á destruir y que cada día hace más imposibles. Merced á ella, un número grande de hombres sabe ya que, por encima de las diferencias, única cosa que suele ver el vulgo, hay, por fortuna, muchos empeños comunes en que pueden luchar juntos todos los que sienten aspiraciones ideales, sed de paz, de concordia, de mutua justicia, de elevación de la vida humana. Y este banquete es un símbolo de ese saber nuevo. En un pueblo como el nuestro, donde las pasiones

sociales aun viven desatadas en estado rudimentario, donde aun alienta el espíritu intransigente que no concibe más reunión que la de cenáculo, *coterie*, iglesia ó capilla, cuanto más estrecha mejor, negando el agua y el fuego á los demás grupos que gráficamente llama «enemigos», es una gran enseñanza este amoroso convivir de más de un centenar de españoles que no se reúnen ni para votar diputados de un partido, ni para conspirar, ni para sublevarse, ni para entonar ningún «muera» á esto ó á lo otro (únicas cosas que suelen juntar en uno á más de dos peninsulares), sino para afirmar una obra positiva de civilización que no es monárquica ni republicana, socialista ni capitalista, católica ni librepensadora, sino humana, honda y libremente humana...»

Fiesta tan hermosa no podía ser amargada por el furor lírico que empequeñece tantas cosas en el mundo. Y no lo fué. No hubo brindis. Unas palabras de agradecimiento del Rector, en nombre de los profesores; otras tantas de un obrero, en quien fué significativo oír que los mejores discursos en actos como aquel eran las conversaciones, espontáneamente surgidas entre los vecinos de mesa, y el banquete acabó. Pero no acabó con él la reunión. Juntos fuimos á ver la antigua iglesia de las Caldas, interesante monumento románico que aun conserva sus notas esenciales; en animados corrillos, charlamos recordando los hechos históricos de que fué testigo la fortaleza

obispa de Priorio, cuyas torres restauradas alzábanse sobre las copas de los árboles vestidas de fresco verdor; y en grupos apretados, cuya alegría no consiguió vencer la lluvia cerrada que nos alcanzó y que á los más cogía desprovistos de paraguas é impermeables, cruzamos el río Nalón para visitar una fábrica de energía eléctrica, movida por un salto de agua, antes de tomar el tren de regreso.

Al salir de la estación del Vascoasturiano, hubo un momento de gran emoción. Uniéronse todos los grupos en uno solo, imponente, engrosado por las gentes que la curiosidad había atraído. Estallaron formidables vivas á la Extensión universitaria, á la Universidad, á los obreros de las clases populares, y yo pensé, recordando títulos de libros recientes:

—No estamos aquí «entre dos Españas». Estamos en la España nueva, en la «otra España» que tantos hombres de buena fe buscan inútilmente en el campo de la política y de las recetas de organización del Estado.

VII

Para qué sirve el saber

He leído, no sé dónde, que en un mitin ó conferencia un obrero español ha dicho que, en punto á instrucción, lo que á él le importa saber es «cuándo le pica el hambre». ¡Infeliz! No necesita estudiar para sentir la picadura del hambre. Tiene ella medios sobrados para llamar la atención de quien la padece. Pero no es saber que tenemos hambre lo que nos importa, sino saber cómo hemos de satisfacerla, y no de un modo ocasional y pasajero, sino con la suficiente garantía para el porvenir. Ahora bien; el conseguir esto es ya obra de instrucción y de educación.

La Historia nos enseña que ha habido hombres—masas de hombres—que han sentido hambre y la han sufrido sin protesta, por creer que era un hecho naturalísimo ó merecido, dada su posición. Otros, faltos de la conciencia de su dignidad personal y de sus derechos, han vivido durante siglos explotados; y de no hace mucho es

el caso de que gran número de esclavos negros de los Estados Unidos, en vez de unirse, cuando la guerra de Secesión, á los que querían darles libertad, combatieron contra ellos al lado de los amos.

A un industrial muy rico, pero no muy culto, de cierta población cuyo nombre callo, he oído calificar de «revolucionaria» y «subversiva» toda instrucción dada á los obreros, y lo decía con motivo de haber ido á dar allí una conferencia científica un compañero mío. Preguntado el industrial en cuestión acerca del fundamento de aquellos calificativos, contestó:

—¡Claro! El día que los obreros sepan tanto como nosotros, no habrá quien los maneje.

Tiene razón. Cuando más cultivado está el espíritu, mejor conoce sus necesidades y sus prerrogativas, mejor aprecia el valor de la personalidad y de las relaciones sociales y de un modo más firme, más seguro y más racional sabe luchar por el derecho.

Los grandes revolucionarios de la Historia han sido todos hombres de cultura, y por tenerla han visto claro lo que hasta ellos parecía obscuro y han podido mover á las masas con el calor de sus convicciones. Acordémonos de los enciclopedistas franceses, de Lasalle y de Marx.

VIII

El derecho á la escuela

La fiesta del 1.º de Mayo sirve, entre otras cosas, para condensar y repetir solemnemente las aspiraciones del proletariado manual. Entre ellas figura la de la jornada de trabajo, cuya disminución responde, no sólo al deseo de disminuir la fatiga (ó sea de reducir el esfuerzo físico al término medio soportable, sin que se produzca el cansancio perjudicial á la salud), sino también á la necesidad de que la labor *profesional* no absorba enteramente el día, y al obrero le queden horas para atender á los otros fines de su existencia, á su labor como *hombre*.

Entre esos fines, uno de los principales es la cultura del espíritu.

Así como, á mediados del siglo XIX, los liberales de Bélgica y de otras naciones europeas sostuvieron una campaña vigorosa en defensa de la enseñanza obligatoria y de que se declarase la instrucción y educación escolares como *derechos*

del niño, que ni el padre, ni el Estado, ni persona alguna le puede negar, así también los obreros deben hoy inscribir entre sus peticiones más urgentes el derecho á la cultura, sumando sus grandes medios de acción á la propaganda que en nuestro país sostiene una minoría de hombres de buena voluntad, cuyas iniciativas en este punto se ven contrarrestadas por el desprecio ó el temor que á la enseñanza sienten, por lo común, las fuerzas conservadoras.

Hay que decirlo muy alto y en todos los instantes: el obrero tiene como todo ciudadano (pero, por circunstancias especiales que en él concurren, más que los otros, ó con más urgencia) tanto derecho á la retribución justa y á su consideración *humana* en la organización económica, como á la *escuela*, es decir, á la cultura, y con igual energía hay que pedir lo uno como lo otro. No bastan las clases que, penosamente, organizan y costean los Centros obreros; no bastan las escasas bibliotecas de esos mismos Centros; no bastan la Extensión universitaria y las Universidades populares, cuyo radio de acción es, desgraciadamente, todavía muy reducido: es preciso, además, pedirle al Estado que establezca todas las escuelas primarias que hacen falta; que modifique el plan de ellas para que sumistren la verdadera enseñanza integral, enlazándolas gradualmente con las escuelas técnicas en que ha de formarse la educación profesional del obrero; que construya edificios escolares

sanos, soleados, espaciosos, con poco lujo de construcción y muchas condiciones higiénicas, y, sobre todo, que se apresure á formar buenos maestros, para lo cual debe empezar reconociendo paladinamente que es necesario acudir al auxilio de las naciones más cultas del mundo, enviando allí por centenares á los normalistas españoles, para que aprendan cómo se enseña hoy (1).

La escuela primaria y la escuela técnica deben ser las dos grandes aspiraciones del obrero manual en este orden de necesidades, porque son los dos medios únicos que él puede aprovechar. Y esté prevenido, para que no le engañen, contra ciertas propagandas ahora muy en moda, que, ó por ignorancia ó por malicia, tratan de convencer á las gentes de que en materia de enseñanza España es el mejor de los mundos posibles, y que en punto al número y aun á la calidad de escuelas, estamos tan bien ó mejor que en Inglaterra ó en Bélgica. Los que dicen eso de buena fe, se equivocan, dejándose llevar por informaciones falsas; los que lo dicen con malicia, es que quieren ocultar su íntimo deseo de que el pueblo

(1) Tal es mi programa de gobierno en punto á nuestra cultura popular, y en ese sentido se ha orientado toda mi actividad administrativa en la Dirección general de Primera enseñanza, durante tres años (1911-1913). Véanse las dos *Memorias* oficiales de la Dirección; el *Discurso* de ingreso en la Academia de Ciencias Morales y Políticas y el próximo libro *Mi política pedagógica*.

permanezca en la ignorancia, á beneficio de «los intereses creados» y de las «ideas tradicionales». Mirad á esos, obreros, como vuestros enemigos, tan perjudiciales como los que os niegan ú os hacen imposible prácticamente el derecho de asociación, la mejora del jornal ó cualquiera otra ventaja de orden económico.

Y como no hay reforma viable y fecunda si no se asienta en la convicción propia, en el concurso del mismo sujeto que ha de salir favorecido, propagad entre vosotros el afán por la cultura; trabajad por que vuestros compañeros dediquen parte de las horas de descanso á la escuela, al libro, á la conferencia científica, en vez de derrocharlas en la taberna ó en placeres brutales que degradan al hombre.

IX

El teatro popular

Hace años que viene agitándose esta cuestión en Francia. Las revistas, particularmente el *Mercurio*, se hicieron eco de ella y la estudiaron profundamente, con ánimo de que no quedase en puro proyecto el Teatro con que ya soñó Michelet. Ultimamente, la *Revue bleu* y *L'Européen* han vuelto á dedicarle sendos artículos: la primera, con ocasión de la enmienda presentada por el diputado M. Conyba para que el Ministerio de Bellas Artes concediese un crédito de 100.000 francos con destino á crear el Teatro del pueblo; la segunda, para dar noticia de lo hecho hasta ahora en París por la iniciativa privada.

El Teatro popular es ya, en efecto, un hecho. No ha esperado á que los Poderes públicos lo sancionasen ó le diesen medios de vida. El mismo movimiento intelectual democrático que ha producido la Extensión universitaria y las Universidades populares, lo ha hecho nacer. Existe ya en